

tor: siempre ordenado y claro, exhibiendo a veces desenfado y desparpajo —guño de complicidad al lector biempensante—, retirando el bello título original (recuperado por mí como encabezamiento de esta nota) para poner otro que propicia la lectura antropológica del libro... Breves, pero significativos, gestos que simulan el embridamiento de una pasión indisimulable.

El fútbol ha sido denunciado, por los adultos, como evasión: tachado de irrealidad, para subrayar —por contraste— la realidad de las cosas serias (la tarea del ejecutivo, la peregrinación semanal a la parcela, el consenso parlamentario). Para negar la realidad del juego, de los paseos con el amor y la muerte. Ahora que no hay real, porque no hay imaginario, porque todos los secretos han sido profanados, ahora que nada vive, necesitamos desesperadamente recuperar el fútbol. Pero el fútbol ha muerto en los campos: la irremediable ausencia del discurso del fútbol sólo puede ser suplida por los discursos sobre el fútbol. Discursos estremecidos por la misma pasión de penitentes, por el mismo frenesí de forofos. Cuando los aficionados al fútbol ya no pueden hacer penitencia, hagamos penitencia, de la afición que nunca nos infestó, los enemigos morales del fútbol.

Ahora que el fútbol ha muerto, todos aficionados, todos futbolistas. ■ JESUS IBANEZ

La novela negra como testimonio

VARIOS factores han incidido en Javier Coma para que consideremos a su libro, recientemente editado (1), como una de las más serias y rigurosas contribuciones a los estudios de la novela norteamericana que atiende a esa denominación europea. Es más, "La novela negra" supone una aportación fundamental en la bibliografía no sólo española.

El primer factor es la propia personalidad del autor, verdadero devorador de novelas policíacas desde joven y convertido en un conocedor exhaustivo del tema. El segundo, didácticamente coherente, es su ideología marxista que le ha facilitado —lográndose mantener en los límites

(1) Javier Coma, *La novela negra*. Ed. El viejo Topo. Barcelona, 1980.

de la argumentación sin excederse en los esquemas— una facilidad y claridad en los análisis socio-políticos en los que demuestra la buena utilización de los instrumentos de trabajo (el subtítulo del libro, "historia de la aplicación del realismo crítico a la novela policíaca norteamericana", no deja de ser una clara referencia orientativa). Y el tercer factor, dependiente de su metodología, es el haber especificado "la novela negra"; es decir, singularizando el género en sí mismo y en el contexto social norteamericano en el que nació y en el que se ha ido desarrollando hasta nuestros días.

Creo que, como clara invitación a su lectura, es imprescindible informar sobre el plan expositivo de la obra. Se trata de un texto que no sólo es aconsejable por su interés analítico, sino por el valor documental, ya que tras las consideraciones sobre el género (y, en especial, sobre el fondo histórico y geográfico del mismo) y tras los estudios sobre determinados autores (Hammett, William Riley Burnet, James Cain, McCoy, Don Tracy, Jim Thompson, Chandler, Ross Macdonald, David Goodis, William McGivern, Himes y Donald Westlake, siempre encuadrados en capítulos orientativos, como son "la era de los gangsters", "la

verdad frente a la ley", "irrupción y rastro del maccarthismo", etcétera), el libro se enriquece con unos anexos que abordan la seudonimografía de los creadores del género, la cronología de las novelas esenciales, la mitología de los detectives creados, la filmografía complementaria y una bibliografía que si no exhaustiva sí puede considerarse como aproximativa. Un apéndice con la selección de las ediciones en castellano configura su otro aspecto relevante.

Para Javier Coma, la novela negra constituye "una literatura narrativa, con origen en los Estados Unidos durante los años veinte y con desarrollo típica y primordialmente norteamericano, ceñida al enfoque realista y sociopolítico de la contemporánea temática del crimen, encauzada paulatinamente como un género determinado y practicada mayoritariamente por especialistas". Esta definición, a juicio mío correcta y hasta ahora no bien expresada por otros estudiosos, además de una concreción bien delimitada, rechaza por una parte la falsa tesis de considerar que "la novela negra" surge en el instante del "crack" norteamericano, cuando, en realidad, en 1922 ya Hammett había iniciado la publicación de sus relatos, que respondían, desde luego, a los

problemas de una sociedad que tras la intervención en la gran guerra estaba abocada a situaciones agudísimas que alcanzarían en 1929 su momento más crucial cuando "el jueves negro" supuso la hecatombe capitalista. Por otra parte, valora como crónica de la actualidad vigente ese género que, en líneas generales, responde a una intención progresista, pero que no es exactamente —y el mismo Javier Coma en otros párrafos no se libera del todo de esa idea tópica— una crítica consciente de la sociedad capitalista. Es decir, no nace como tal, sino que tiene una significación más importante al configurar un producto de alta calidad testimonial que vierte en el género la tradición literaria norteamericana, cuyos orígenes hay que encontrarlos en el temprano desarrollo del periodismo (ese que nace con el teléfono y después se amplía y moderniza con los otros medios de comunicación social). Fenómeno que convive con el inicio de la conversión de una sociedad capitalista en vías de desarrollo en primera potencia imperialista del mundo. Sociedad en la que, por otra parte, la noticia (el suceso y el reducido comentario a la pregunta "¿cómo?", pero nunca a la de "¿por qué?") convierte un medio de expresión en literatura, en la que las descripciones, los diálogos y las preocupaciones testimoniales configuran ese apartado nacional norteamericano dentro de la historia de la literatura contemporánea. Y en la que el diálogo (como lo fueron en Dreiser, Hemingway, Dos Passos, etc., en la otra vertiente) representa el aporte formal más destacable junto a la búsqueda del testimonio de la violencia. Indagación sin ninguna aparente consideración intelectual prevalente. Pues así como el "relato policial" es "un género intelectual... basado en algo totalmente ficticio" y "el hecho es que un crimen es descubierto por un razonador abstracto y no por delaciones..." (2), la novela negra se distingue radicalmente de la "del jarrón" porque no juega con lucubraciones, sino atiende a los hechos violentos tal como se dan, sin ningún mecanismo cerebral y dentro de las contradicciones de la sociedad que los desencadena. ■ R. MUÑOZ SUAY.

(2) J. L. Borges, *Borges oral*. Ed. Bruñera. Barcelona, 1980.

